10333

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SOL DE LA CARIDAD,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS

Y

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

7

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
FEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE ABRIL DE 187

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresp
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las puertas del cielo	1	D. J. Jackson Veyan.	Tod
Breton	1	Emilio Ferrari	»
Caridad y abnegacion	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra	»
Cazar con liga	1	D. Eduardo Inza	»
Contra la fuerza la astucia	1	Senen Lopez	»
Dos enemigos íntimos	1	E. Zamora y Caballero	»
El hombre feliz	1	Eduardo Lustonó	»
El mejor juez, la conciencia	1	L. Parejo y Reina	»
El que escupe al cielo	1	Guillermo Perrin	»
El sol de la caridad	1	Sres. E. J. Cortés y J. J. Veyan	»
El tesoro de los sueños	1	José Jackson Veyan	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia	1	Leopoldo Parejo	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro	»
Hidalguía Castellana	1	Senen Lopez	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano	»
La chaqueta parda	1	D. José Jackson Veyan	»
La justicia de Dios	1	L. Parejo y Reina	»
La ley del trabajo	1	Mariano Chacel	»
La morena y la rubia	1	Emilio Álvarez	»
La primera noche	1	Mariano Chacel	»
La sombra negra	1	E. Jackson Cortés	»
Los obstáculos	1	Sres. E. Navarro y J. Escudero	»
María	1	D. José María Nogués	»
Me caso	1	Estéban Garrido	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari	»
Quien no se vence á sí mismo	1	Leopoldo Parejo	»
Soñar despierto	1	Leopoldo Parejo	»
Una balsa de aceite	1	Pedro María Barrera	»
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez	»
Un pollo fiambre	1	E. Jackson Cortés	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela	»
Un conspirador	1	Navarro	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle	»
El jornalero	2	Emilio Álvarez	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés	»
El sombrero del ministro	2	Sres. Nombela y Castillo	»
La resurreccion de Lázaro	2	D. Enrique Gaspar	»
Para tal culpa tal pena	2	D. José Echegaray	»
Para una coqueta un viejo	2	Miguel Echegaray	»

EL SOL DE LA CARIDAD.

EL SOL DE LA CARIDAD,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS

Y

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN la noche del 11 de Marzo de 1878.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. AMIGÓ.
JOSÉ	SR. COSTA.
EL TIO PERICO	ALBA.
DON RAMON	BERENGUER.
UN MÉDICO	MUÑOZ.

La accion en Madrid.—Época actual.

NOTA.—Las palabras de *Quién llamará al fosforero*, que están en boca de Perico, deberán decirse en tono de pregon, marcando la primera frase con entonacion aguda.

OTRA.—El papel del Doctor deberá confiarse á un actor de caracter venerable.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DUQUESA DE SANTOÑA.

FUNDADORA DE LOS HOSPITALES DE NIÑOS.

SEÑORA:

Patentizar los inmensos beneficios que reporta la noble institucion que V. E. ha fundado en Madrid, es tarea fácil y hacedera; la misma bondad del pensamiento lo demuestra; cantar sus excelencias para que sirva de loable estímulo y rendir un tributo de admiracion á su ilustre fundadora, esto sólo es lo que han procurado los autores de esta produccion dramática, cuya dedicatoria ruegan á V. E. se digne admitir, honrando con su nombre la primera página de su modesto libro.

De V. E. atentos y S. S. Q. B. S. P.

Los autores

ACTO ÚNICO.

Casa muy pobre. Puerta al fondo y otra á la izquierda. Cuna de pino. Una silla vieja; una arca pequeña al foro, una mesita basta. En un rincon, y al lado del arca, una hacha de carpintero. Poca luz en la escena, aunque figura ser de dia. Un crucifijo pequeño colgado de la pared del foro.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y JOSÉ.

José sentado sobre el arca con la cabeza apoyada sobre la mano derecha. La mano izquierda la llevará vendada: María, sentada al lado de la cuna, meciendo al niño. Pausa.

MARIA. Ya duerme.—¡Pobre hijo mio!
Rindió sus fuerzas el sueño.
Sonrie.—Es feliz.—Sin duda
soñando está con el cielo.
¿Cómo estás, José?

JOSE. ¿Yo? bien. (Se levanta.)
No son los males que siento
los mios, que yo soy hombre,
y aunque de carne y de hueso,
el sol mi piel ha curtido:
el trabajo hizo de hierro
mis músculos, y del mundo
los desengaños me hicieron

este corazon de chopo
más duro que el mismo fresno.
Si sufro es por ese niño,
que sin padre y sin sustento
se muere en esta mozmorra
desamparado y enfermo.
Yo sin poder trabajar...
Luégo dicen; hay momentos
en que se duda de todo.

MARIA. No blasfemes.

JOSE. No blasfemo,
pero ya me va faltando...
hasta la fé. Ni aun el cielo
se ve desde este rincon.
Qué extraño es que le olvidemos.

MARIA. Fía en Dios; ten esperanza.
Probar querrá nuestro esfuerzo.
Ya sabes que Dios aprieta
pero nunca ahoga.

JOSE. Creo
que si se descuida un poco
tarde nos vendrá el remedio

MARIA. Yo no puedo ir al trabajo
tampoco, porque me encuentro
presa por la enfermedad
de mi hijo y...

JOSE. ¡Á qué buen tiempo
fuí yo á cortarme la mano! (Pausa.)
Ese pobre fosforero
se encuentra como nosotros. (Pausa.)
Si don Ramon...

MARIA. (Con rapidez.) ¡Ni por pienso!

JOSE. ¿Y por qué?

MARIA. No se ha brindado...
y molestarle no quiero.
La pobreza... es orgullosa,
y á pesar de todo, tengo
mi orgullo.

JOSE. Haces bien. (Mirándose la mano.)
¡Por vida!

MARIA. Te duele?

JOSE. No es que me quejo.

Haberme inutilizado...
¿Y está claro; un carpintero
de qué otros gajes disfruta
más que de romperse un hueso?
Mientras hay trabajo al yunque,
sudar y jornal pequeño,
y si falta la salud
á morirse como un perro.
¡Mal recompensado está
el trabajo del obrero!

MARIA. No te irrites.

JOSE. Irritarme!
¡Bah! pues si tengo yo un pecho
como la Plaza Mayor.

MARIA. Á ver. Tu mano está ardiendo.
Tienes fiebre! Abrígate.

JOSE. Que me abrigue? Ya lo he hecho,
ya me he puesto la chaqueta,
que es el abrigo que tengo!

MARIA. Tuve que empeñar las mantas
para mi hijo.

JOSE. Muy bien hecho.
¿Y el médico de la Casa
de socorro, qué ha dispuesto?

MARIA. Ayer estuvo y me dijo
que no hallaba otro remedio
que el sacarle de esta casa;
que este cuarto era pequeño,
oscuro y mal ventilado;
que el mejor medicamento
para el niño, era sacarle
de aquí, que los alimentos
eran la mejor receta
para su mal.

JOSE. ¿Y qué hacemos?

MARIA. No lo sé.

JOSE. Pues es preciso
hacer algo.

MARIA. Ya no tengo
nada que empeñar. (Golpes dentro.)

JOSE. Espera.
Han llamado.

MARIA. Acaso el cielo
se apiade al fin de nosotros.
¿Quién podrá ser?

JOSE Voy á verlo.

(Váse José por el foro derecha y vuelve á poco.)

MARIA. Dios mio, no me quiteis
la esperanza, dadme aliento
para llegar al calvario,
sin que infames cirineos
me ayuden á sostener
la cruz de mis sufrimientos.
Muere de miseria, sí;
pero no me mate el peso
de la deshonra. Mi hermano.
Que nada sospeche quiero. (Sale José.)
¿Quién era, José?

JOSE. La criada
de casa de don Mateo,
el prestamista que vive
en la calle de Toledo.

MARIA. ¿Y qué quería?

JOSE. Que pronto
celebra su casamiento
su hija: tiene que hacerse
no sé cuantos trajes nuevos
para el bodorrio y venía
para que fueses.

MARIA. No puedo
abandonar á mi niño
en tan críticos momentos.
¡Si mientras que yo faltase
le acometiera de nuevo
la congoja!...

JOSE. Claro está.
Si yo tuviese mis remos
útiles ..

MARIA. Cómo ha de ser.

JOSE. Paciencia. Tu hijo es primero.

MARIA. ¡Ni aun para ganar el pan
de nosotros disponemos! (Pausa corta.)

JOSE. Que yo pasara trabajos,
francamente, lo comprendo,

porque al quedarnos sin padres
al trabajo me pusieron:
pero tú, que te criaste
con tu abuelita en el pueblo;
tú que hasta los quince años
estuviste en un colegio,
y que luégo te casaste
con un oficial de ejército,
no era lo más natural
que llegases á ese extremo.

MARIA. Mi pobre Julian murió!...

JOSE. Sí, de alférez, y por eso
no te quedó viudedad.
Otra cosa que no entiendo.
¡Que tenga precio la vida
por un galon más ó ménos!

MARIA. ¡Cosas del mundo!

JOSE. Sí, tú,
como que tienes talento
y has leido tantos libros,
disculpas hasta los yerros
de la humanidad, mas yo...
Pero, en fin, paz á los muertos
y pensemos en los vivos.
¿Cómo estamos de dinero?

MARIA. No tengo un cuarto.

JOSE. Sí? Entónces
estamos como queremos.—
Pues á ver qué hay que empeñar;
que lo que es sin alimento
no puede quedarse el chico.

MARIA. Ni tú tampoco.

JOSE. Yo tengo
más resistencia, más... ¡pues!
tengo más duro el pellejo.—
Si en la tienda nos fiaran
algo...

MARIA. Como le debemos
dos pesetas, y ya ha dicho
que no nos fía ni un céntimo...

JOSE. Y luégo dicen que Dios
nunca abandona...

(María se fija en el crucifijo.)

MARIA. Y es cierto.
Á Dios invocas, y Dios
viene á salirte al encuentro.

JOSE. Qué? Cómo?...

MARIA. Ese crucifijo,
santo y bendito recuerdo
de mi madre, hoy se nos brinda.

JOSE. Qué?

MARIA. Con los brazos abiertos.

(María descuelga el crucifijo y se lo presenta.)

JOSE. ¡Empeñar el crucifijo!

MARIA. Y si no lo empeñan, véndelo.

JOSE. ¡Nuevo Judas voy á ser!

MARIA. ¿Y qué importa ese madero,
si su imágen esculpida
dentro del alma la llevo?
Por socorrer á su hijo,
¿qué habría en el universo
que una madre no vendiera.

JOSE. Verdad; yo no me detengo.

(Piensa un momento.)

MARIA. Ah!

JOSE. Qué?

MARIA. Esta falda de lana.

(Sacándola del arca.)

Vieja está la pobre, pero...
llévala al monte, que allí
acaso la tomen.

JOSE. Bueno.

MARIA. Si te dieran diez reales
no empeñas...

JOSE. Ya te comprendo.

MARIA. No empeñas el crucifijo.

JOSE. Bien está.

MARIA. Adios.

JOSE. Pronto vuelvo.

MARIA. Abrígate, que hace frio.

(Cerrándole la chaqueta y levantándole el cuello.)

JOSE. Deja.

MARIA. No; súbete el cuello.

JOSE. Quita, voy á parecer

un silbante.

MARIA. No ví invierno
más crudo. No tardes.

JOSE. Sí,
para tardar está el tiempo.
(Váse José foro derecha.)

ESCENA II.

MARÍA, se acerca á la cuna.

Aún duerme.—¿Respira?—Sí.
Aún vive.—Aún tengo esperanza.—
No le veo bien.—¡Dios mio!
es tan oscura esta casa!—
Mas, qué importa, si le veo
con los ojos de mi alma.—
¡Ay! si tu padre viviera
no fueran mis penas tantas!
¡Siempre se lleva la muerte
lo que nos hace más falta!
Sólo me legó su honra;
prenda que conservo intacta,
por más que buitres hambrientos
hoy pretendan devorarla.
Ese hombre que me persigue...
Que su oro pone á mis plantas
pidiéndome amor en cambio...
Si mi hermano sospechara...
No, que no lo sepa nunca.

ESCENA III.

MARÍA y D. RAMON.

RAMON. Buenos tardes.

MARIA. ¡Ah!

RAMON. ¿Se espanta
usted, María, al oirme?

MARIA. ¿Qué busca usted en mi casa?

RAMON. En alas de la amistad,
de la pasion acendrada
que por usted he sentido
y que usted desdeña, ingrata,
busco una contestacion,
busco una sola palabra.

MARIA. Si esa palabra es de amor,
no espere usted escucharla.

RAMON. Quién sabe.—¿Cómo está el niño?

MARIA. Vela el ángel de la guarda
por él y vela su madre.

RAMON. Mas la salud? ¿Quebrantada,
no es verdad?—Con su permiso.

MARIA. No pase usted.—No hace falta
que le mire usted.

RAMON. ¿Por qué?

MARIA. Por qué. Porque su mirada,
más que infundirle valor,
le hiriera. Porque la savia
que hoy circula por sus venas
por las mias circulaba,
y siendo mi propio ser
en el que usted se fijara,
de vergüenza y de rubor
se estremeciera. Y ya basta
de inútiles reflexiones
y de humillantes palabras,
que ofendiendo mi decoro
mi dignidad las rechaza.
Hágame usted el favor
de retirarse.

RAMON. ¡Me extraña
encontrar tanta firmeza
en una madre que ama
como usted ama á su hijo!

MARIA. Mi hijo necesita calma,
reposo.—Si la virtud
hoy de la muerte le salva,
que viva. Mas si su vida
ha de deberla á la infamia,
que muera y que suba al cielo
con la frente inmaculada.

RAMON. María.
MARIA. Márchese usted.
Se lo suplico.
RAMON. ¡Inhumana!
¿Sabe usted lo que es ser madre?
¿Sabe usted adónde alcanza
ese vínculo sagrado?
MARIA. Sé lo que el honor me manda.
Su padre vertió su sangre
en los campos de batalla:
con el honor por divisa
dió prez y gloria á su patria,
y el hijo de un padre honrado
necesita madre honrada.
RAMON. María, esas son quimeras.
Esas son ideas rancias.
La madre que quiera á un hijo
arrostra por todo; salta
por encima de esos montes
fundados por la ignorancia.
¡El honor! ¿Qué es el honor
cuando el amor nos abrasa?
MARIA. Calle usted.
RAMON. He de decirlo.
Sí, María; honor y fama,
porvenir... y hasta la vida
diera por una esperanza.
¿Es acaso culpa mia
que en el fondo de mi alma
sienta este amor por usted?
Este amor que me arrebata...
hasta la conciencia?—No.
Pienso en usted, y no hay nada
sino amor en este pecho.
Por usted siento la infamia
nacer en mi corazon;
y sí al fin, para alcanzarla
fuera necesario el crímen,
ni el crímen me acobardara.
Mía, de grado ó por fuerza
ha de ser.
MARIA. Muda y helada

me deja su voz, y siento
que hasta las fuerzas me faltan.
Salga usted. Yo se lo mando,
y suplico que se vaya
ántes que mi hermano vuelva.

RAMON. Su hermano ignora las causas
que me traen.

MARIA. Las sabrá
si usted no desiste.

RAMON. Basta.
Ya me retiro, María.
Medite con mucha calma
mis ofertas.—Yo soy rico.
Su hijo está enfermo...

MARIA. Que salga
de mi casa es lo que quiero.

RAMON. Me retiro. (Pondré en planta
mi proyecto y volveré.
El oro rinde murallas.)
(Váse foro derecha.)

ESCENA IV.

MARÍA.

¿No son bastantes mis penas?
¿No son bastantes mis ansias,
que hoy el crímen y el baldon
deban venir á aumentarlas?
¡Ay de mí!—Va oscureciendo
tanto ya, que ni aun la cara
de mi niño podré ver...
(Va á la cuna y besa á hijo.)
¡Pobre angelito!—Descansa.
Duerme tranquilo.—¿Será
tanta, Señor, mi desgracia
que hasta de la luz me prives?
Voy á ver... Mi fe desmaya.
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA V.

EL TIO PERICO, que sale con gaban, sombrero de copa, cajoncito pequeño con fósforos y una muleta corta. Es cojo.

¿Quién llamará al fosforero.
(Pregonando dentro.)
¿Vecinos?... ¿Pasa adelante?
¿No? ¡*Cerillas de Cascante*,
y *sin humo, caballero*!
¡Nadie!... Si se habrán marchado
ó de hambre habrán perecido?
No; de morirse, es sabido
que me hubieran avisado.
Los pobres están tan mal...
Jesús! ¡Vaya un cuarto oscuro!
Toma, es mejor, de seguro,
mi tabuco de portal.
Como José no trabaja...
pobres... conmovido estoy,
y lo que más siento es que hoy
no he vendido ni una caja.
Por su pobreza angustiado
ya te consideras rico
y olvidas... ¡Pobre Perico!
que no te has desayunado.
¡El hombre es lo más bolonio!...
¿Á mí el hambre, qué me importa
si á la larga ó á la corta
me ha de llevar el demonio?
Si por el hambre acosado
y aburrido me hallo un dia,
me como mi mercancía
y negocio despachado.
¡Jé! ¡jé!... Mundo singular,
y pensamientos extraños...
¡Jé! ¡jé! Á los setenta años
queriéndome suicidar.
No hay pena que me taladre.
¿Habrán muerto?... Ya me aflijo!..
¿Á ver?... (Mirando en la cuna.)

Aún alienta el hijo...
¡Entónces, vive la madre!
Pero señor, quién se apura,
si no hay nada que me inquiete;
si tengo en este billete
encerrada mi ventura!
(Sacando un billete de la rifa.)
¡Oh esperanza, y cuánto vales!
Á cuánto tu influjo alcanza...
En fin, barata esperanza
la que cuesta dos reales.
En trance tan triste y fiero
con este consuelo abordo...
¡Si me toca el premio gordo!...
¡quién le tose al fosforero?

ESCENA VI.

EL MISMO y MARÍA.

MARIA. Ni aceite... ni lumbre... nada...
¡Tio Pedro!
PERICO. Aquí está Perico,
con más ánimo que un chico
y su pata derrengada.
¿Y José?
MARIA. Fué al monte.
PERICO. Ya.
¿Al monte?...
MARIA. Con un vestido.
¿Y el niño?... (Yendo á la cuna.)
Sigue dormido.
¡Qué palidito que está!
PERICO. Iguales estais los dos.
Frio este cuarto se encuentra.
MARIA. Mucho.
PERICO. Donde el sol no entra,
falta la gracia de Dios.
Aunque el dinero no sobre
su luz infunde contento...
¡El sol es el alimento

y la alegría del pobre!

MARIA. Verdad: por eso mi niño
llora sin su luz radiante.
¿Por qué no tendrá bastante
con el sol de mi cariño?...
¿Podrá tener más accion
la luz que el cielo fulgura,
que la hoguera santa y pura
que abrasa mi corazon?
¡No: qué el luminoso vaso
se hunde al cabo en occidente,
y en mi sol resplandeciente
no hay crepúsculo ni ocaso!
La luz que arde en el sagrario
de una madre te doy yo...
¡La única luz que alumbró
las tinieblas del Calvario!

PERICO. Vamos, ten calma, mujer,
que si te apuras así...

MARIA. No tengo pena por mí;
no me asusta el padecer.
Es por él...

PERIGO. Cese tu duelo;
que si al fin su muerte ha escrito
Dios en su juicio infinito...
pues, angelitos al cielo.
No pienses en tu quebranto:
mitiga tus sinsabores,
y sobre todo no llores...
Si es lo más antiguo el llanto....
¿No me ves á mí reir?...
Medio cojo y medio ciego;
me resisto y no me entrego
á la fuerza del sufrir.
Mi paciencia y mi valor
no mella el destino insano.
¡Como soy tan veterano
en las luchas del dolor!
Fuí rico; tuve una tienda,
pero las contribuciones
me dejaron sin doblones,
sin camisa y sin hacienda.

¿Llorar?... Ni puedo, ni quiero,
y así riendo y cantando
voy por las calles gritando...
¿Quién llamará al fosforero?
Jé, jé! Nunca me hago cruces
ni me importan las rencillas...
¡No hay como vender cerillas
en el siglo de las luces!
De una esquina me apodero,
y en cuanto una mosca pase...
¡Cien cerillas! ¡Buena clase,
y sin humo, caballero!

ESCENA VII.

LOS MISMOS, JOSÉ con la falda y el Crucifico guardado.

MARIA. José? (Yendo hácia él.)
JOSE. (De mal humor.) María...
PERICO. ¡Adios, chico!
MARIA. ¿Qué hiciste?
PERICO. Vienes sudando.
JOSE. ¡Claro, si me está llevando
el demonio, tio Perico!
¿Cómo quiere usted que venga?
PERICO. ¿Pues qué pasa?
JOSE. Toma... pasa...
¡que en hundiéndose una casa
no hay puntal que la sostenga!
MARIA. ¿Traes la falda?
JOSE. (Mostrándola.) Claro está,
la devolvió el tasador
porque no tiene valor.
PERICO. ¡Hombre, pues algo valdrá!
MARIA. ¿No dieron por ella?...
JOSE. Nada.
PERICO. ¿En el Monte de Piedad?
JASE. Sí.
MARIA. ¿Pues y la caridad?...
JOSE. ¡Dicen que está apolillada!
(Por la falda que dejará sobre el arca.)

¡Ni una peseta siquiera
dan! La cosa es bien sencilla.
¡Así entrará la polilla
en toda mala madera!

MARIA. ¡Cuando la desdicha agobia!...
¿Y qué hacer? No hay medio alguno.

PERICO. ¿No hay recurso?

JOSE. Queda uno.
¡El viaducto de Segovia!

PERICO ¡El recurso es verdadero,
mas son gustos harto ruines
hacerse en los adoquines
retrato de cuerpo entero!
Dios dirá.

JOSE. Por de contado.

PERICO. Á nadie niega su gracia.

JOSE. Dios dirá... mas por desgracia
tiempo hace que está callado.
No niego su providencia,
pero el que lleva tres meses...
sufriendo tantos reveses...
Saque usted la consecuencia.

MARIA. No pierdas nunca la fé.

PERICO. Dios premia siempre el trabajo.

JOSE. ¡Pues trabajando á destajo
la mano me revané!
Y advierta usté, buen vecino,
que era mi mano artesana...
el sustento de mi hermana...
la salud de mi sobrino.
Conque perder su pobreza
un honrado jornalero...
¡Más valiera que primero
me cortara la cabeza!
¿Trabajo?... Desde el nacer
trabajo yo sin cesar,
y tras tanto trabajar
hoy no tengo que comer.
Ni aun mirar la luz del dia
puedo en tan mezquino espacio.
¡Yo que hice tanto palacio
no tengo una choza mia! (Pausa.)

MARIA. ¿Y el Crucifijo?
JOSE. (Sacándolo del bolsillo.) Es cansar.
MARIA. ¿Tampoco?
JOSE. ¡Qué han de querer!
PERICO. Le habeis querido vender?
JOSE. ¡No hay quien lo quiera comprar.
PERICO. ¡Qué cristianos!
JOSE. Verdaderos.
De su caridad me rio.
PERICO. ¡Hombre, al ménos el judío
dió por él treinta dineros!
JOSE. Pues yo no pude lograr
venderlo y harto he rodado.
PERICO. ¡Pobre mártir! No ha acabado
de padecer y rodar! (Cogiéndolo.)
Fuerza su dolor te dé.
JOSE. ¡Tio Pedro, ya lo sabemos,
pero todos no tenemos
de un Dios la gigante fé.
PERICO. No te falte de ese modo
su consuelo soberano.
JOSE. Como me falta una mano
ya me va faltando todo!
MARIA. No desmayes.
JOSE. ¿Desmayar?
Cuando me hice la ancha herida
en sangre se iba mi vida
y no me supe quejar.
Pero este martirio lento...
PERICO. Nada, prensar el magin
y á ver si se halla or fin...
JOSE. ¡Quién piensa en este mome nto!
PERICO. ¿En esa tienda de enfrente...
no fiarán?...
JOSE. Sí, fiar.
¡*Mañana*, dice al entrar
un cartelon imprudente!
PERICO. Yo no soy nadie en rigor,
pero sin embargo, espero...
¿Yo creo que un fosforero
bien puede ser fiador?...
JOSE. Puede.

PERICO. Pues ven al instante.
Si no se fian de tí
quizá me fien á mí...
que al fin soy un comerciante.
MARIA. Tio Perico...
PERICO. ¡Buena ofrenda!
¡Si estas, fiadoras no salen,
(Por las cajas de cerillas.)
para probar lo que valen
le pego fuego á la tienda!
JOSE. ¡Ah, mi amigo verdadero!
PERICO. ¡Corre!... Corre... como yo!
¡Cómo me digan que no!...
¿Quién llamará al fosforero?
(Vánse José y Pedro foro derecha.)

ESCENA VIII.

MARÍA sola.

Dios guie con paso cierto
su afan. ¿Y Pepe?... ¡Hijo mio!...
(Yendo á la cuna.)
Abre los ojos... ¡Despierto!...
¡Pobrecito... si está yerto!...
Si está temblando de frio. (Pausa.)
No le oigo... ¡Llora, aunque pene
tus lágrimas al besar
y tu dolor me envenene!
¡Ay triste, que ya no tiene
ni aun fuerzas para llorar!
¿Será que en este momento
llega la muerte callando?
¡Hijo!... ¡Mi vida... mi aliento!...
¡Llora!... ¡Que yo oiga tu acento
aun cuando sea llorando! (Pausa corta.)
¿Esa falda?... La echaré.
(Cogiéndola y echándola sobre la cuna.)
No es bastante... ¡Yo estoy loca!
¿Y con qué le abrigaré?
¡Ah! ¡Toma, bebe en mi boca

todo el calor de mi fé!
(Acercando su cara al niño.)
Mis manos le den abrigo
sobre su rostro apoyadas.
¡Pero, ay triste, qué consigo,
si estoy contando conmigo
y están mis manos heladas!
¡Bendita Vírgen María,
guarda su vida y la mia
ya que esta prueba me das!
¡Hijo, por qué no estarás
en mi seno todavía! (Pausa.)
Adivina mi pasion
lo que mi afan no divisa.
¡Sonrie!... No es ilusion:
¡sintiendo estoy su sonrisa
dentro de mi corazon!
¿Sonrie?... Ya no me aflijo.
¡Ya siento calor prolijo
sin que el dolor me taladre!
¡Lo que puede en una madre
una sonrisa del hijo!
¡Sonrie á tu adversidad!
¡Tu contento me enamora!
¡Sonrie una eternidad
mientras que tu madre llora
de inmensa felicidad!
¡Recoge este llanto ardiente
que te prodiga mi amor!
¡Bañe tu heladita frente!
¿Yo lloraré eternamente
si necesitas calor!
¡Corra este bálsamo santo
á mitigar tu quebranto!
Llorar debo de alegría.
¡Oh, gracias, Vírgen María!
¡¡Bendito, bendito llanto!!
(Cae llorando de rodillas al lado de la cuna.)

ESCENA IX.

MARÍA y JOSÉ, con un pan.

JOSE. (Dentro.) ¡María!
MARIA. José?...
JOSE. ¡María! (Saliendo.)
MARIA. ¿Qué pasa?
JOSE. ¡Viva la Pepa!
Ya no hay aquí ni dolores,
ni hambre. ¡Traigo una riqueza!
Traigo pan y cinco duros.
Mira, menos dos pesetas
que le he pagado ahora mismo
al judío de la tienda.
¡Digo!... ¡Noventa reales!...
¡Justos, y en buena moneda!
(Enseñará el dinero que sacará en la mano.)
MARIA. ¡Oh, gracias, Dios mio, aún
hay caridad en la tierra!
JOSE. En seguida nos mudamos,
sea la casa que sea,
con tal que entre el sol y el aire,
que es lo que al chico le alegra.
Dame un abrazo, María;
muéstrate alegre y contenta.
MARIA. ¿Y cómo?...
JOSE. ¿Cómo encontré?...
Ahí verás; la Providencia.
Bajé con el tio Perico
de fiador... ¡Sí, paciencia!
MARIA. ¿Y no quiso?...
JOSE. ¡Cá, fiado
no dan ni media libreta!
¡Toma, toma ese tesoro!
(Dándole el dinero.)
¿Ves, chiquilla? Ya no hay penas.
MARIA. ¡Plata!... (Tomándolo.)
JOSE. Plata reluciente
lo mismo que unas candelas.
MARIA. ¿Pero y de dónde ha salido?

JOSE. Toma, de la faltriquera
de un amigo de verdad
que sabes que nos aprecia
y á quien nunca molestamos.
Lo encontré junto á la puerta,
y sin cuidarse en rodeos...
vamos, me largó la tela.
Vaya, y poco me encargó
que en su nombre te lo diera.

MARIA. ¿Y ese amigo es?...

JOSE. Don Ramon:
¿pues quién quieres tú que fuera?

MARIA. ¡Ah! (Dejando el dinero sobre la mesa.)

JOSE. ¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado?

MARIA. ¡Que ese dinero me quema!

JOSE. ¡Que te quema!

MARIA. Tú no sabes
lo que ese infame proyecta.

JOSE. ¿Infame el que nos socorre?

MARIA. Tú no sabes... En tu ausencia
siempre con su amor impuro
viene á insultar mi pobreza.

JOSE. ¡Don Ramon!... ¡Si yo lo sé!
¿Y callaste?...

MARIA. Por prudencia.

JOSE. ¿Conque anda detrás de tí,
y á mí el dinero me suelta...
y lo he tomado... ¡Reniego
de mi suerte y mi torpeza!
(Reparando en el pan que habrá dejado al salir sobre la mesa.)
Y yo he comprado?... ¡Insensato!
¡Ese pan mancha mi mesa,
y pienso que de rubor
se va á encender la madera!
¡No quiero verle! ¡No quiero!
Deja que lo tire... ¡Deja!
(Coge el pan; váse foro derecha y vuelve á salir en seguida sin él.)

MARIA. ¡Señor!... Señor!... Hasta cuándo!

JOSE. Ya lo he estrellado en las piedras.

MARIA. Ese dinero...

JOSE. Es preciso
devolvérselo.
MARIA. Sí, es fuerza.
JOSE. Voy... (Coge el dinero de la mesa.)
pero, calle, si falta
lo que he pagado en la tienda.
MARIA. ¡Dios mio!
JOSE. Me dió cien reales
y sólo hay aquí noventa.
MARIA. Pensará que yo lo acepto...
pensará...
JOSE. Basta de quejas.
Yo completaré el dinero.
MARIA. ¿Y cómo?...
JOSE. Como Dios quiera.
¡Ah! Ya sé.—Vuelvo al instante.
¡Yo le ajustaré su cuenta
y va á quedar tan pagado
que no olvidará la deuda!
(Sale corriendo y tropieza con el tio Perico que entra.)
PERICO. ¡Chico!... Por poco me tiras.
MARIA. ¡José, no te comprometas. (Yendo al foro)

ESCENA X.

MARÍA y el TIO PERICO.

PERICO. El caso no es para ménos.
No fiar ese babieca.
Pero al cabo no me importa,
pues lo que el mundo nos niega
nos lo brinda desde el cielo
la divina Providencia.
Me encontraba yo en el patio
renegando de mi estrella,
cuando... ¡Catapun! por poco
si me rompe la cabeza.
¿Qué dirás tú que cayó?
Vamos, ¿á que no lo aciertas?
¡Pues un pan caliente y tierno

lo mismo que una manteca!
¡Un pan llovido del cielo!
Mira, mira, no te creas
que es mentira.
(Sacándolo de debajo del gaban.)

MARIA. (El que José...)

PERICO. Alguno que en su opulencia
no sabrá por decontado
que existe el hambre siquiera,
lo tiró. ¡Tirar el pan!...
¿Te parece qué soberbia?

MARIA. ¡Es verdad!

PERICO. Y en cambio aquí
vosotros en la miseria.
Cosas del mundo, hija mia.
Insultos á la pobreza.
Nada; lo hago tres pedazos
y en paz. (Saca la navaja y lo parte.)
Esto es lo que ordena
la caridad; si señor.
¡Digo, y que sabe á canela!
(Comiéndose su pedazo.)
¿No comes tú?

MARIA. ¿Yo? Despues...
(Me remuerde la conciencia.)

PERICO. Este otro cacho, José
se lo engulle en cuanto vuelva.
(Si me toca el premio gordo
no hay más, compro una chuleta,
y un dia es un dia... pues.
¡No dejo el hueso siquiera!)

MARIA. Gracias por la voluntad,
tio Pedro.

PERICO. ¿Qué? Quién se acuerda?...
¿Quién salvó á este pobre viejo
cuando solo en mi huronera
estuve cerca de un mes
en cama con tifoideas?
Vosotros... tú, sobre todo.
¿Y no quieres que agradezca
y que contigo reparta
todo lo poco que tenga?

¡Chica, tú no me haces caso!
¿Qué te pasa? No contestas?

MARIA. (¡Dios mio, si ante ese hombre
mi hermano no se refrena!...)

PERICO. Está tu chico peor?

MARIA. No.

PERICO. ¿Pues entónces?...

RAMON. (Saliendo foro derecha.) Muy buenas.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. RAMON.

MARIA. ¡Ah!

PERICO. ¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado?
¿Te asustas? ¿Qué hay que te asombre?

MARIA. (No se marche usted: ese hombre...)

PERICO. (¡Hola! Aquí hay gato encerrado!)

RAMON. ¿No está usted sola?

PERICO. No tal:
digo:... yo creo que no.

RAMON. Tenía que hablarla yo...

PERICO. ¡Pues yo no estoy aquí mal!

MARIA. (¡Dios mio!)

RAMON. (Este viejo necio!...)
¿Su hermano le habrá entregado?...

MARIA. ¡Sí: lo que yo he despreciado
tanto, como á usted desprecio!

RAMON. ¿Me insulta? Tengo gran calma,
y por eso no me apuro.

PERICO. (No sé por qué me figuro
que voy á romperle el alma?)

RAMON. ¿Desprecia la compasion
que su desgracia me inspira?
Mi amor sólo al suyo aspira.

PERICO. (¡Habrá un tio más bribon!)

MARIA. ¡Salga usted de aquí al instante!

RAMON. ¿Despues que con mi dinero
salvar á su hijo quiero
me trata así?

PERICO. (¡Habrá tunante!)

MARIA. ¡Del que á mi honra se atreve
ni aun la caridad admito.
RAMON. Hoy la honra, se lo repito,
es una cosa muy leve.
¿No es cierto, buen viejo?
PERICO. ¿El qué?
RAMON. Lo que digo.
PERICO. ¡Sí; en verdad
que es una barbaridad
que no me extraña en usté!
RAMON. ¡Si sus canas no mirara!...
PERICO. ¡Lo que mira el monigote
no es mi pelo, es el garrote
que mi ancianidad ampara!
(Enarbolando el palo.)
MARIA. ¡Salga usted!
PERICO. ¡Largo de aquí!
RAMON. ¡Echarme de esa manera!...
PERICO. Quien tal hace, tal espera.
¡Chica, ponte tras de mí!
RAMON. Inútil es tu porfía,
que al fin rendida al pesar
tú me vendrás á buscar.
MARIA. Primero me mataría!
RAMON. ¿No te dice mi semblante,
no te dice mi amor loco
que ya me importa muy poco
de tu desamor constante?
¡Por el niño desdichado
que ahí sufre lenta agonía
te juro que has de ser mia!
MARIA. ¡Infame! ¿Qué habeis nombrado?
¿Del vicio y la infamia en pos
le nombrais torpe y cruel?
¡Quién nunca ha visto á Luzbel
tomar el nombre de Dios!
¡Que así la virtud se ultraje!
RAMON. ¡Sígueme! (Yendo hácia María.)
PERICO. (Interponiéndose.) ¡Tio tuno, atrás!
RAMON. ¡Quita de ahí! ¡Me seguirás!
(Empujando á Perico. Al tiempo de ir á lanzarse sobre María, sale José y le sujeta por un brazo.)

JOSE. ¡Eso es ya mucho coraje!

ESCENA XII.

LOS MISMOS, JOSÉ, foro derecha, que saldrá en mangas de camisa.

JOSE. ¡Con una hembra y un vejete
se quería usté lucir?
RAMON. ¡Suelta! ¡No he de consentir!...
JOSE. ¿Qué? ¿Que un manco le sujete?
Eso no es nuevo, y me fundo
en acciones más gigantes.
¡Tambien fué manco Cervantes
y sujetar logró al mundo!
PERICO. ¡Bien dicho!
JOSE. Tome usté... hermano...
sus cinco duros le entrego.
¡Tome ese ascua de fuego
que me achicharra la mano!
(Dándole una moneda.)
Aunque la miseria aprieta,
cuando hay de aquí, no hay apuros.
¡Ahí están los cinco duros
y aquí estoy yo sin chaqueta!
MARIA. ¡Vas á helarte!
JOSE. Así se aborda
la desgracia.
PERICO. Yo le doy
mi gaban. (Quitándose el gaban.)
JOSE. ¡Quiá!... No; si estoy
sudando la gota gorda!
PERICO. Toma.
JOSE. No.
RAMON. (Rara virtud!)
MARIA. Estás enfermo, y la herida...
JOSE. ¡Calla, tonta, si en mi vida
he tenido más salud!
Y aunque el frio fuera doble...
Los que tan pobres nos vemos
esa ventaja tenemos.

Yo soy más duro que el roble.
¡En cambio usté... Sin disputa,
con ese cútis de seda,
si le da el viento se queda
lo mismo que una biruta!

RAMON. ¿Así mi amistad estima?
Yo...

MARIA. ¡Descaro singular!

JOSE. ¿Á que le tengo que dar
á usté las gracias encima?
¿Tan ciego su afan le lanza
que entre las sombras no ve
que aquí hay una luz, la fé;
un consuelo, la esperanza?
De ella marcha el pobre en pos
y no hay bien que no le sobre.
¡La esperanza, pan del pobre
que para el pobre hizo Dios!

RAMON. Yo practico la piedad
y tengo un placer en ello.

MARIA. ¡Ese es un falso destello
del sol de la caridad!

RAMON. Mi intencion es disculpada
si usted bien lo considera.

JOSE. ¡Hay nudos en la madera
que no los encubre nada!

RAMON. Sus palabras!...

JOSE. Son porrazos.
¡Qué quiere usté, caballero,
como que soy carpintero
hablo, pues, á martillazos!

RAMON. Bien hace en no confundir
mi educacion con la suya.

JOSE. Hombre, sobre eso no arguya
que me hace usté de reir!
Le han dado por fuera el brillo
sin pulirle... Lo estoy viendo.
¡Qué falta le está á usté haciendo
una mano de cepillo!

RAMON. ¡Ponga usté á su lengua tasa
y repare en su ardimiento,
que si su ultraje consiento

es porque está usté en su casa!
¡Advirtiendo, ya que ufano
á insultarme se ha atrevido,
que se encuentra usted herido
y sólo tiene una mano!

JOSE ¡Sólo una mano, es verdad,
pero calme su zozobra,
pues de esta mano me sobra
todavía la mitad!
¿La ve usted? Pesa bastante
para arrancarle la vida.
¡Como que está endurecida
por el trabajo constante!
¡Es una, más juro á Dios
que si otra vez me importuna,
con una mano, con una
le voy á cortar las dos!

RAMON. ¡Á mí!

JOSE. Sí: ¿mas qué le irrita?
¿Halla en sus manos ventaja?
¡Al hombre que no trabaja
no le hacen falta maldita!
Mi mano tosca y soez
está curtida y callosa.
¡Esta es la muestra gloriosa
del trabajo y la honradez!

RAMON. ¡Canalla! (Con desprecio.)

JOSE. ¡Canalla!
(Cogiendo el hacha para herirle.)

RAMON. ¡Oh! (Retirándose.)

MARIA. ¡José! (Sujetándole el brazo.)

JOSE. No espere le hiera...
Tiene usté *mala madera*
para que la labre yo!
¡En tal árbol, desde luego
que es el trabajo perdido!
¡Ese tronco carcomido
sólo sirve para el fuego!
(Tirando el hacha.)

RAMON. ¡Despreciarme de ese modo!...

JOSE. ¡Sí, para el fuego, y me fundo
que es lo único en este mundo

que lo purifica todo!

RAMON. Advierta...

JOSE. ¡Todo, hasta el vicio!

RAMON. Ese lenguaje grosero...

JOSE. ¡Como que soy jornalero
hablo á estilo del oficio!

PERICO. ¡Bien!

JOSE. ¡Adios... y viva alerta! (Amenazándole.)

MARIA. ¡José!...

JOSE. No temas, hermana.
¡Supuesto que no hay ventana
márchese usté por la puerta!

RAMON (Juro que me vengaré.)

JOSE. ¡Cuente con lo que le digo!...

PERICO. ¡Vaya usté con Dios... amigo!
¡Granuja!

RAMON. (Me ocultaré!)

(Á un descuido de los que están en escena se oculta por el foro izquierda.)

ESCENA XIII.

MARÍA, JOSÉ y PERICO.

JOSE. Anda... que libraste bien.
Mi prudencia le ha valido,
mas si vuelve... ¡por la gloria
de mi madre, lo hago añicos!

PERICO. (Daré cuenta al inspector
para evitar un conflicto.)
¿Conque ese tuno, venía?...

JOSE. Ha visto usté, tio Perico?

PERICO. ¡Que en el siglo de las luces
haya, señor, tanto pillo!

JOSE. Ahí verá usté.

PERICO. Ya lo veo.

MARÍA. Mas, pensemos en mi niño.

PERICO. ¡Pichirriqui!... (Haciéndole un mimo.)

MARIA. Calle usted.

PERICO. Es verdad.

JOSE. ¿Está dormido?

MARIA. No sé; casi no se ve.
(La luz habrá ido extinguiéndose poco á poco.)
JOSE. No hay luz?
MARIA. No.
PERICO. Mi farolillo
está vacante por hoy.
Voy por él.
JOSE. Gracias, Perico.
PERICO. ¡Qué gracias, ni qué demonio!
¡Mas, calle!... ¡Soy un pollino!
MARIA. ¿Qué pasa?
PERICO. ¡Feliz idea!
¡Nos salvamos!
MARIA. Qué?
PERICO. ¡Magnífico!
¡Se ha salvado!... ¡Se ha salvado!
JOSE. Quién?
PERICO. ¡Quién ha de ser, el chico!
MARIA. ¿Mi niño?
PERICO. ¡Sí!... ¡Qué cabeza!...
¡Si soy lo más aturdido!...
Ponte mi gaban.
JOSE. Mas...
PERICO. ¡Póntelo!
MARIA. Se va usted á helar.
JOSE. De fijo.
PERICO. Tengo la blusa, que abriga
como una manta; lo mismo.
¡Qué me he helar!... Pues si soy
mas fuerte que!... (Temblando.)
Aunque tirito,
no es de frio... Es de alegría.
¡Ven, José!
JOSE. Más?... (Poniéndose el gaban.)
PERICO. Ven conmigo!
No andaremos veinte pasos
sin hallar lo que imagino.
JOSE. ¿Vamos cerca?
PERICO. Sí; tan cerca
que llegamos en un brinco.
¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado!
(Corre al foro, donde deja á José, y vuelve al

proscenio.)
Vuelve en seguida... (¡Uy qué frio!)
(Váse tiritando con José, foro derecha.)

ESCENA XIV,

MARÍA, á poco D. RAMON por el foro izquierda. En este momento, queda la escena completamente á oscuras.

MARIA. ¿Cuál podrá ser su intencion?
¿Qué plan habrá concebido?
Pero qué me importa á mí
si es para salvar á mi hijo.
Tan temprano, y ya de noche.
¿Por qué anochece, Dios mio?
¡Tengo miedo!... Cerraré.
Ese hombre... ¡Ah!
(Va al foro y encuentra á D. Ramon que la coge de la mano.)
RAMON. ¡No des gritos!
MARIA. ¡Suelta, infame! (Desasiéndose de él.)
RAMON. ¡Ahora me impongo!
no ya tu piedad suplico!
y ni la muerte me asusta
si en ella tu amor consigo!
¿Dónde estás? ¿Por qué te apartas?
Vente, y en lejanos sitios
gozarás de mis cuidados
feliz al lado de tu hijo.
MARIA. ¡Mi hijo!... (Tratando de buscar la cuna.)
RAMON. ¡Mira! Esta es la cuna.
(Dando con ella y agachándose para oir al niño.)
¡Tiembla!... ¡Su rostro está frio!
Cede á mi amor. ¡Ven! Huyamos,
y se salva el pobre niño.
MARIA. ¡Aparta!... No me lo robes.
¡Aparta, monstruo maligno!
RAMON. ¡Acércate, mala madre!
¡Pon en su pecho el oido
y oye las terribles ansias
en que solloza!

MARIA. ¡Hijo mio!
¡No le veo! ¡No le veo!
RAMON. ¡Yo claramente distingo
destacarse entre las sombras
su rostro helado y marchito!
¡Aún es tiempo! Sálvale!
MARIA. Nunca!
RAMON. ¿Y ese es tu cariño?
¡Suspira! ¿Lo oyes? ¡Acaso
sea su postrer suspiro!
MARIA. ¡Infame! ¡Dios te maldiga
igual que yo te maldigo?
¡Hijo!... ¡Vive!... ¡Mírame!...
¡¡Yo con el alma te miro!!
RAMON. Si ántes fuí el humilde siervo
que se arrastraba sumiso
á tus plantas suplicante,
hoy soy tigre vengativo
que herido en el corazon
sacia su feroz instinto!
MARIA. ¡Tigre no, sierpe rastrera
que se oculta ante el peligro
de un contrario poderoso,
que teme y huye el castigo,
que se oculta entre las sombras
como cobarde asesino
para ahogar á su contrario
cuando le encuentra dormido!
¡Sois un fantasma lanzado
de los profundos abismos
para matar la virtud
con los puñales del vicio!
¡Huya usted de mi presencia!
¡Abandone usté este sitio
donde la desgracia habita,
donde ya la muerte miro
batiendo sus negras alas
sobre la frente de mi hijo!
RAMON. Nunca! (Tratando de buscarla.)
MARIA. ¡No me siga usted!
RAMON. ¡En las sombras pierdo el tino;
mas si en las sombras te alcanzo

las sombras serán contigo!

MARIA. ¡Luces! ¡Luces!

RAMON. No lo esperes!

MARIA. ¡¡Luces!!

RAMON. ¡No hay de luz vestigio!

(Siguiéndola inútilmente. El tio Perico, que habrá salido un momento ántes, enciende una cerilla. Se ilumina la escena. José sale detrás con un farolillo que deja sobre la mesa. Detrás saldrá el Médico.)

ESCENA XV.

MARÍA, D. RAMON, el tio PERICO, JOSÉ y el MÉDICO.

PERICO. ¡Y sin humo, caballero! (Encendiendo.)

MARIA. ¡Ah! ¡Gracias!

RAMON. ¡Viejo maldito!

JOSE. ¡Desgraciado!

(Al ver á D. Ramon cogerá el hacha para herirle. El tio Perico se interpone y mientras D. Ramon se escapa por el foro derecha.)

PERICO. ¡Déjale!

JOSE. ¿Dejarle yo sin castigo?

PERICO. ¡Descuida: abajo le espera
el inspector del distrito!

MEDICO. ¿Qué es esto?

(Quedando al foro sin comprender lo que pasa.)

JOSE. Doctor...

MARIA. ¿Doctor?

(Le coge de la mano y le lleva á la cuna al oir á José que le llama Doctor.)

PERICO. (Al foro y tirando las cajas, como si hablara con D. Ramon.)
¡Tome usted para el camino,
que está oscuro... ¡nueve! ¡diez!...
y hasta el cajon, so tio pillo!

(Despues de tirar una por una todas las cajas, le tira el cajon que lleva al cuello colgado.)

MARIA. (Al Doctor, que le habrá observado detenidamente.)
Mi niño?...

MEDICO. No, no hay cuidado.
Se salvará, yo lo fío.
Necesita otro local
mejor, y seguro alivio
le darán á sus dolencias
los hospitales de niños.
MARIA. ¡Al hospital!...
MEDICO. Sí señora,
á ese refugio bendito
que fundó la caridad
de un corazon noble y pío.
Á él deberán muchas madres
la salvacion de sus hijos.
Por su ilustre fundadora,
de piedad ejemplo digno,
el sol de la caridad
esparce sus rayos vivos
disipando las tinieblas
del dolor y del martirio.
Los ángeles la inspiraron
con sus acentos divinos,
y la gratitud de España
en premio á su afan solícito,
con inmarcesibles lauros
su augusta sien ha ceñido.
La fe encuentra nuevo templo
en esos santos asilos;
allí del eden del cielo
se respiran los suavísimos
perfumes, y allí se adora
el santo nombre de Cristo.
¡Ya ve usted que de los pobres
tambien se acuerdan los ricos!
MARIA. ¡Bien haya tanta bondad!
JOSE. Dios les dé su merecido.
PERICO. ¿Ves lo que yo te decía?
MEDICO. Ántes de un mes este niño,
mediante Dios, estará
del todo restablecido.
MARIA. ¿Sí?... ¡De veras!...
MEDICO. Sí señora.
MARIA. Ah, Doctor. (Besándole las manos.)

MEDICO. Yo se lo afirmo.
MARIA. Todo este bien le debemos...
PERICO. ¡Está claro!... Al tio Perico.
¿Y no sabeis lo mejor?
Tambien yo estoy socorrido.
MARIA. ¿Cómo?
PERICO. Si; jugué á la rifa...
MEDICO. ¿De nuestro hospital?...
PERICO. ¡Del mismo
Y ved... (Enseñando el billete.)
¡Doscientos realazos
por mi suerte me han caido.
Ya se acabó la miseria;
desde hoy tendré un puesto fijo
á la puerta de un café,
y ademas de vender mistos,
para aumentar mi comercio
me dedico *al periodismo*.
¡Venderé... *Correspondencias*,
y en dos años me hago rico!
MARIA. (Junto á la cuna, al lado del Médico.)
¡Dios mio; de tu piedad
bendigo el rayo fecundo!...
¡Pobre, pobre humanidad,
si no brillara en el mundo
EL SOL DE LA CARIDAD!

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Verde y madura.....	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar.....	»
Bienes vitalicios.....	3	D. Enrique Zumel.....	»
El corazon de una madre.....	3	José Luis Clot.....	»
El esclavo de su culpa.....	3	J. Antonio Cavestany.	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses.....	3	D. R. G. Santisteban...	»
Haz bien.....	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente..... ..	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido.....	»
Lo que no puede decirse.....	3	D. José Echegaray.....	»
Quiero ser pobre.....	3	R. G. y Santisteban..	»
Realistas y Puritanos.....	3	José Luis Clot.....	»
Risas y lágrimas!.....	3	L. Mariano de Larra.	»
Vivir á escape....	3	R. G. Santisteban...	»
Trece de febrero.....	4	José María Diaz.... .	»
Los bandidos de la córte de los Milagros.	5	Juan Belza.....	»

ZARZUELAS.

Boda ó muerte.....	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
Entre locos:.....	1	D. J. Gaztambide.....	L. y M.
La vecchia Zitella.....	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent.....	L. y M.
La voz pública.....	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda..... .	L. y M.
El laurel de oro.....	2	Granés, Navarro....	L.
La buena ventura.....	2	Álvarez. y Vehils....	L. y M.
La criada.....	2	Vidal y Navarro y Esther.....	L. y M.
A casarse tocan.....	3	D. José Inzenga.....	M.
Don Juan Tenorio.....	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
La panadera del Campillo.....	3	C. Nuñez y Granés...	L.
Las campanas de Carrion..... ...	3	Larra y Planquette..	L. y M.
Los sobrinos del capitan Grant.....	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well,* y la mitad de *El laurel de la Zúbia;* el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano,* y el de la en tres llamada: *Una cancion de amor,* obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.